

lebraron allí varias acampadas, en una de las cuales se colocó una placa dando al lugar el nombre que aún conserva y que fué una prueba del buen humor de que ya entonces disfrutaban los miembros de la entidad. Muchos de los que estuvieron entonces estaban ahora, dieciseis años después.

Al anochecer, una vez dispuesto el campamento y llegado ya el segundo grupo de acampadores, se encendió una gran fogata junto a la cual, durante un buen rato, se estuvieron riendo los chistes y las ocurrencias de unos y otros.

Al día siguiente, cuando despertaron todos a los gritos del más madrugador, el muchacho quedó sorprendido al darse cuenta de que había estado durmiendo. Cierta que le costó coger el sueño, cierto también que estuvo soñando durante toda la noche que una hilera interminable de bichitos indistinguibles se le paseaban por la espalda; cierto y natural ya que en algo se había de notar la diferencia entre el blando colchón de su cama y aquel saco de paja, pero es que le habían dicho y asegurado tan seriamente que no lograría dormir en aquella su primera acampada, que se lo había creído por completo.

Comenzaron a asomar caras soñolientas por entre las lonas verdes de las tiendas y en poco rato estuvieron listos para ir a recibir al último grupo, el de los que no habían podido—o no se habían sentido con ánimos suficientes—para ir el día anterior.

Después de la misa en la parroquia de Cánoves y de nuevo en el campamento, se organizaron los concursos de tiro con arco, de canto y de armónica.

Y aún por la tarde, mientras unos hacían alarde de sus habilidades cocineras y otros demostraban sus preferencias por los prácticos bocadillos preparados en casa, llegaron dos miembros más de la Agrupación. Bajaban de las montañas y eran en aquella ocasión los únicos que podían presumir de excursionistas. Los demás no hubieran podido ofenderse si alguien les hubiera tratado de «arrossaires», y, no obstante, a buen seguro que ninguno de ellos se avergonzaba de sentirse tal, porque es bueno de cuando en cuando hacer estas salidas en las que puede tomar parte todo aquel que ame la Naturaleza, sin necesidad de ser un buen andarín. Así lo creyó Alberto y se sintió satisfecho de su comienzo. Aún ahora que ha subido ya a casi todas las montañas de los alrededores, sigue recordando con la misma satisfacción aquella su primera salida y aquel simpático campamento al pie de la montaña.

ADELAIDA FORT